

PM 5319

A 2

A 44

1831

V. 1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOTICIA HISTÓRICA

SOBRE EL CASTILLO

DE KENILWORTH

EN EL CONDADO DE WARWICK,

Y

SOBRE EL CONDE DE LEICESTER.

EXTRACTO DE LA NOTICIA PUBLICADA EN LONDRES

Por J. NIGHTINGALE.

Si supiesen hablar las paredes, ¡cuantas relaciones interesantes, que anécdotas nos contarían! ¡cuantas dudas históricas se pondrían en claro! pero también ¡ay! ¡cuantas escenas dolorosas é infames nos descubrirían! Sin embargo el verídico historiador y el laborioso anticuario pueden dar, en alguna manera, voz á las ruinas, evocar las memorias de los siglos, y leer en los escombros de los edificios góticos del castillo y la catedral las ideas y costumbres de nuestros mayores.

010763

La ciudad de Kenilworth dista cinco millas de Warwick, igualmente que de Leamington y de Coventry. Sus cercanías son fértiles y pintorescas; pero lo que atrae á ella los viajeros y curiosos, es el castillo antiguo en que Walter Scott introduce á sus lectores.

En tiempo de la conquista de los Normandos Kenilworth fué dividido en dos partes: la una se dió á Alberto Clérico, y la otra á Ricardo Forestier.

En el reinado de Enrique primero, Geoffroy de Clinton fundó el castillo que vamos á describir, igualmente que un monasterio que fué habitado por los frailes de la órden de San Agustín, del que apénas ha quedado vestigio alguno.

Geoffroy de Clinton, de oscuro nacimiento, supo elevarse por su talento á las primeras dignidades del Estado, y habia dotado ricamente el monasterio de Kenilworth, cuando Enrique VIII concibió el proyecto de estirpar los frailes de su reino, con el sacrilego pretexto de los abusos que se habian introducido entre ellos. El monasterio de Kenilworth fué valuado en 533 libras esterlinas, y vendido como propiedad de la Iglesia. Los religiosos fuéron espulsados, su puerta cerrada al estrangero y al peregrino; el pobre, la viuda y el huérfano se viéron así privados de las cuantiosas limosnas de los antiguos poseedores del convento.

Si Enrique hubiese podido disponer igual-

mente, segun su codicia y capricho, del castillo de Kenilworth, le hubiera dado sin duda á alguno de sus favoritos; pero habria sido mas difícil espulsar de su propiedad á un señor seglar que á cien piadosos eclesiásticos.

No permaneció largo tiempo el castillo en poder de la familia de Clinton: desde el reinado de Enrique II tuvo guarnicion real.

Es evidente que los vastos castillos fortificados de los barones de aquel tiempo de facciones y de guerras feudales eran no solamente retiros para sus vasallos, sino tambien un manantial de beneficios para los señores; porque el gerif de Kenilworth contaba como parte de sus emolumentos una renta que percibia de los que venian á pedir la hospitalidad.

En los reinados de Juan y de Enrique III se empleáron sumas considerables en hacer de Kenilworth una formidable ciudadela. Este último príncipe, en el año treinta y ocho de su reinado, dió este castillo á Simon de Montfort, conde de Leicester, y á Eleonora, su muger, pero solo durante su vida.

Cuando tomó el conde las armas contra su soberano, designó á sir John Gifford para mandar el castillo que acababa de recibir como una muestra de la munificencia real en su favor, y Kenilworth fué durante algun tiempo el refugio de los nobles rebeldes.

Despues de la derrota y la muerte del conde

de Leicester en Evesham, Simon de Montfort, su hijo, se mantuvo en rebelion abierta en esta fortaleza, adonde los partidarios de los barones que huyéron de la batalla viniéron á reunirse con él. Hacia Simon continuas salidas, y sacaba en las inmediaciones todas las exacciones de guerra.

Estas violentas escenas fuéron interrumpidas por la venida del rey, que acudió con un ejército á poner sitio al castillo de Kenilworth. Simon, tan arrogante cuando era el mas fuerte, probó que era tan cobarde como bárbaro, y huyó secretamente á Francia, despues de haber nombrado á Enrique de Hastings gobernador del castillo. Conociendo la fuerza de la plaza, y queriendo evitar la efusion de sangre, intimó el rey la rendicion á los sitiados, ofreciendoles condiciones muy ventajosas; pero la clemencia real fué despreciada, y el mensagero de Enrique insultado y mutilado.

Empezó entónces el sitio, y la guarnicion se defendió con valor: habia en el castillo máquinas de guerra, y algunas de ellas lanzaban piedras enormes que se encuentran aun entre las ruinas.

Perdió el rey seis meses en asaltos infructuosos; pero el hambre y las enfermedades, auxiliares poderosos de un ejército enemigo, ejercieron su horrible influencia en la guarnicion; y aunque el rey no ignoraba que los sitiados se veian reducidos á la última miseria, les propuso

una capitulacion honrosa, y entró por fin en el castillo. Enrique no tardó en darsele á Edmond, su hijo menor, que creó conde de Leicester y de Lancaster.

En el año séptimo del reinado de Eduardo III hubo en Kenilworth un torneo magnífico. Acudieron hasta cien caballeros, la mayor parte de ellos estrangeros de distincion, que habian venido de Inglaterra á desplegar su destreza en las justas.

Igual número de damas asistió, y la historia nos dice, para hacer ver el esplendor de sus vestidos, que llevaban capas de seda.

Despues de la proscripcion de Tomas, conde de Leicester, hijo del conde Edmond, el castillo volvió á ser propiedad de la corona, y fué escogido para asilo de Eduardo II cuando se vió rodeado de peligros. Pero este desgraciado príncipe estaba destinado á ser llevado allí como preso. Enrique, conde de Lancaster, le condujo, y allí fué donde recibió la noticia de su deposicion, pronunciada por el parlamento reunido en Westminster.

En el reinado de Eduardo III, Juan de Gaunt, duque de Lancaster, obtuvo la posesion del castillo de Kenilworth por su matrimonio con Blanca, hija de Enrique, conde de Lincoln y duque de Lancaster. Hasta entónces todos los que habian contribuido á edificar este vasto castillo solo habian pensado en su seguridad, y de

ningun modo en hermostearle ; pero el reinado de Eduardo III produjo una grande revolucion en las costumbres. Entónces se empezó á consultar la comodidad y el lujo en la arquitectura. Juan de Gaunt agrandó considerablemente el castillo de Kenilworth, y una parte de las ruinas actuales proviene de lo que aumentó su munificencia.

Kenilworth volvió todavía al dominio de la corona en tiempo de Enrique IV, hijo del duque de Lancaster, y no fué enagenado hasta que Isabel le dió á Roberto Dudley, conde de Leicester. Este señor gastó grandes sumas en aumentarle y adornarle, y Kenilworth llegó pronto á ser uno de los castillos mas espléndidos de todo el reino. El conde gastó en él 63,000 libras esterlinas.

Los *placeros de príncipe* de Kenilworth eran mirados como la *quinta esencia* de todas las diversiones de las cortes. Las descripciones muy largas y pomposas de estas fiestas han llegado hasta nosotros. Habia un aparato de grandeza y una profusion que podrian aun sorprender ; pero el gusto se hallaba en la infancia, y todo se reducía á cosas fastidiosas, grotescas, groserías, y la pesada pedantería de un siglo semibárbaro.

Cuando la reina Isabel fué recibida en Kenilworth, en 9 de Julio de 1595, una puente de setenta piés de largo fué construida para llegar hasta la puerta principal del castillo, y los pilares estaban guarnecidos de las ofrendas de las siete

divinidades griegas : estas ofrendas consistian en jaulas llenas de pájaros, en frutas, en trigo, en pescados, en racimos de uvas, en instrumentos de música de todas clases, y en armas formando trofeos. Un poeta, puesto á la cabeza de la puente, esplicaba todo á la reina en versos latinos. La dama del lago, invisible despues de la desaparicion del famoso príncipe Arturo, se acercó sobre una isla flotante para recitar versos lisonjeros. Arion se presentó tambien sobre un delfin de veinte y cuatro piés de largo, que llevaba una orquesta completa en el vientre. Una sibila, un salvaje y un eco, colocados en el parque, hicieron sus arengas á Isabel en el mismo tono ; la música y el baile profanaron el dia de domingo. Hubo magníficos fuegos artificiales en mar y en tierra ; se representó una escena teatral ; un Italiano hizo juegos de manos ; treinta osos pelearon contra una infinidad de perros ; por tres dias hubo caza de ciervos, y la representacion de una boda de aldeanos ; en fin, los habitantes de Coventry tuvieron permiso de figurar su combate fingido, destinado á perpetuar de año en año la victoria memorable en que vencieron á los Daneses.

Una fiesta que costó al conde de Leicester la suma de 19,000 libras esterlinas (1), cantidad enorme en aquel tiempo, y que aun en nuestros

(1) 1,824,000 reales.

dias es considerable ; una fiesta que duró cerca de tres semanas seguidas , es muy digna de ser citada con frecuencia en los anales de la Inglaterra.

Sir Walter Scott habla de la descripción que ha dado de ella Laneham , cuya relacion es la cosa mas original y curiosa del mundo. El extracto que acabamos de dar es tomado de miss Aikin , cuya obra sobre la corte de Isabel es una de las mas interesantes que se han escrito sobre aquella princesa.

Ademas del vino y demas licores , se bebiéron en Kenilworth en aquella ocasion trecientos y veinte toneles de cerveza.

Se diéron los honores de la caballería á sir Tomas Cecil , hijo y heredero del gran tesorero , á sir Enrique Cobham , á sir Francis Stanhope y á sir Tomas Tresham. Pero lo mas curioso de todo , es que nueve personas fuéron curadas de la peligrosa enfermedad llamada *el mal del rey* , lamparones:

Para recompensar la lealtad de los habitantes de Kenilworth y la magnífica hospitalidad de su señor , la reina les concedió un mercado por semana y una feria anual.

No teniendo el condé de Leicester hijos legítimos , dejó el castillo y sus dominios á su hermano Ambrosio , conde de Warwick , pero solo durante su vida , y con la condicion que despues de su muerte pasasen á sir Roberto Dudley , á

quien el conde de Leicester no creyó á propósito reconocer en vida por hijo legítimo , y llamaba *su bastardo*.

La historia del conde de Leicester está llena de interes : su memoria está manchada con muchos crímenes , mas ó menos probados ; sin embargo fué toda su vida tan grande su privanza con la reina , que creian generalmente llegaria á ser su esposo.

Su hermano Ambrosio , que hemos ya nombrado , obtuvo el título de *buen conde de Warwick* ; pero no puede asegurarse si le llamaban asi por contrastar con el carácter de su hermano , que merecia bajo todos aspectos el título de *mal conde de Leicester*. El pueblo le llamaba el *corazon de la corte*.

El autor de la novela de Kenilworth ha modificado los vicios de Leicester , y ha hecho con arte recaer sobre su favorito Varney casi todo lo que hay de odioso en su conducta con una muger digna de un marido mas virtuoso.

Nació el conde de Leicester en 1532 , y era hijo de Juan , duque de Northumberland. Habiendo sido admitido desde luego en el servicio y favor del rey Eduardo , fué hecho caballero siendo aun muy jóven.

En el mes de Junio de 1550 se casó con Amy , hija de sir Hugo Robsart , y el rey honró la boda con su presencia. Leicester obtuvo muchos empleos en la corte.

En el primer año del reinado de María, cayó de la gracia de esta como toda su familia, fué preso, juzgado y condenado; pero habiendo obtenido el perdon de la pena de muerte, le dejaron en libertad en Octubre de 1554.

Cuando Isabel subió al trono, fué restablecido en todos sus títulos, y mirado pronto en la corte como el primer favorito. Habiendo sido nombrado caballero mayor, y hecho caballero de la orden de la Charretera, entró en el consejo privado, y fué colmado de todos los favores de la reina. Cuando acompañó á Isabel á Cambridge, le trataron con la mayor distincion: fué alojado en el colegio de la Trinidad; nadie pidió gracias sino por su conducto; y habiendolo él deseado, la reina arengó en latin á la Universidad.

Sin embargo Tomas, conde de Sussex, se manifestaba siempre en la corte opuesto á sus consejos, y se declaraba partidario del archiduque Carlos de Austria, aconsejando á la reina que aceptase la union que solicitaba este príncipe: Leicester desbarató este proyecto con un arte y una destreza admirables. Declaráronse enemigos los dos lores, y les obligó la reina á reconciliarse en presencia suya, sin que en nada se menoscabase el crédito de Leicester, que continuó pidiendo y obteniendo nuevas larguezas, y nuevos empleos para sí y para sus panaguados.

Para dar algun pretexto á estas demostraciones

del favor real, la reina se le propuso por marido á María Stuart de Escocia, prometiendo á esta princesa todas las ventajas que desease para ella y para sus súbditos, si consentia en este enlace. La sinceridad de esta proposicion fué sospechada, porque los mas finos políticos pretendian que si la reina de Escocia hubiese accedido á ella, su consentimiento hubiera solo servido para legitimar la eleccion de Isabel, que hubiera recaido en el mismo conde de Leicester. La manera con que María rechazó la proposicion de Isabel le fué tan fatal, como lo habia sido para la condesa de Leicester la ambicion que habia tenido el conde de casarse con una soberana. En Setiembre de 1560, la desdichada Amy Robsart fué sacrificada, segun dicen, al porvenir brillante que esperaba su marido.

La época de su muerte fué por lo menos favorable á las sospechas, porque era muy necesario á Leicester hallarse viudo, cuando la Inglaterra parecia darle á escoger dos reinas, ámbas jóvenes y solteras.

Camden pretende que la condesa se habia dejado caer desde lo alto de una casa. Esta muerte trágica no podia menos de inspirar la compasion, y esparcir rumores siniestros contra Leicester. El señor Aubrey cuenta de otro modo este asunto, y el lector nos agradecerá que le comuniquemos su relacion, por ser Amy Robsart la heroina de la novela de Kenilworth,

y por haberse esmerado Walter Scott en mostrarla interesante.

Roberto Dudley, conde de Leicester, dice Aubrey, era tan íntimo de la reina Isabel, que pensaban todos que hubiera sido llamado al título de su esposo á hallarse viudo. Fué pues preciso, para separar todos los obstáculos que le alejaban del trono, obtener de su muger, con instancias lisonjeras, que se detuviese en Cumnor, en el condado de Berk, que fué el teatro de su trágica muerte. La condesa fué recibida en casa de Antonio Foster. Sir Ricardo Varney, el vil adulator del conde y su confidente, recibió la órden de procurar envenenarla, ó de quitarla de enmedio de cualquier otro modo que fuese mas practicable.

Y en efecto, no habiendo podido emplear el veneno, Foster y Varney se decidieron á abreviar sus dias con una muerte violenta.

Habia enviado el primero todos sus criados á la feria de Abingdon que está situado á distancia de tres millas de Cumnor, y sir Ricardo Varney quedó solo con la condesa el dia en que murió.

Los dos malvados al punto la sufocaron, y la precipitaron desde la parte superior de una escalera, despues de haber ejercido en ella todo género de violencias. Esparciéron la noticia de su muerte atribuyendola á un azar, y la enterraron con una precipitacion que el conde mismo condenó por imprudente.

Sir Hugo Robsart acudió á Cumnor, hizo desenterrar á su hija, y pidió se recibiese informacion para poner en claro las sospechas que recaian sobre Leicester y sus agentes; pero se cree generalmente que el conde encontró el medio de taparle la boca. Quiso tambien probar sus pesares con la ostentacion de su dolor, haciendo enterrar á su virtuosa esposa con gran pompa en la iglesia de Santa María de Oxford.

Es una cosa notable, dice Aubrey, que el capellan del conde, el doctor Babington, que pronunció la oracion fúnebre, fingió perderse dos ó tres veces en su discurso, recomendando á las oraciones de los asistentes *esta virtuosa dama tan cruelmente degollada*, en vez de servirse de una espresion que diese á entender que la muerte habia sido casual (1).

En Setiembre de 1564, Isabel creó á Roberto Dudley baron de Denbig, y el siguiente dia conde de Leicester con todo el esplendor imaginable; ántes del fin del año fué nombrado canceller de Oxford. Su gran crédito en la corte de Isabel era reconocido no solamente en Inglaterra, sino en toda la Europa: asi es que Carlos IX le envió el cordon de la órden de San Mignel, que era entónces la primera en Francia.

Se supone que en 1572 el conde de Leicester

(1) Veanse las Antigüedades del condado de Berth, por Ashmole.

se casó con lady Douglas, baronesa viuda de Sheffield. Este casamiento fué tan secreto que le ignoró la reina, aunque se publicaron muchas historias acerca de esta muger desdichada. Estaba unida á Leicester por un matrimonio legítimo, pero jamas pudo lograr que la reconociese. Hizo el conde cuanto pudo para hacerla desistir de sus pretensiones, y el veneno fué empleado tambien para asegurarse de su silencio.

En 1576 murió Walter, conde de Essex. Este acontecimiento suscitó muchas sospechas contra lord Leicester, sobre todo cuando se declaró dos años despues su casamiento con la condesa de Essex; porque en 1578, cuando el duque de Anjou quiso casarse con Isabel, su agente, que miraba á Leicester como el mayor obstáculo á las pretensiones del duque, informó á la reina de su casamiento con lady Essex. Esta noticia irritó de tal modo á Isabel, que ordenó al conde que no saliese del castillo de Greenwich, y le hubiera enviado á la torre de Londres, á no haber sido disuadida por el conde de Sussex.

Como lord Leicester hubiese llegado al último grado del poder, nada omitieron sus enemigos para derribarle, y atacaron sobre todo su carácter. En 1584, se publicó un escrito virulento dirigido contra él, con el título de *República de Leicester*. Era su objeto probar que la constitucion inglesa estaba violada, que se habia introducido imperceptiblemente una nueva forma de go-

bierno, y que no podia designarsele mejor que llamandole la República de Leicester. Para dar mas peso á las acusaciones, el conde era representado como un ateista, traidor secreto de la reina, opresor del pueblo, enemigo inveterado de la nobleza, y un verdadero monstruo por su ambicion, su crueldad y sus desórdenes.

La reina se creyó obligada á sostener á su favorito, y disminuir en cuanto pudiese la impresion que el escrito habia producido en el público. Declaró en las cartas de su consejo privado que todos los hechos imputados á Leicester eran absolutamente falsos á los ojos de los que le calumniaban, como á los de la misma reina.

Los Países Bajos protestantes se encontraron en 1585 en una situacion crítica, y pidieron á Isabel un gefe de distincion para dirigir sus intereses políticos. La reina les envió á Leicester en cualidad de gobernador. Esta confianza de la reina lisonjeó escesivamente el orgullo del conde; pero el año siguiente fué depuesto, habiendo dado algunos motivos de queja á una soberana harto zelosa de sus derechos para sufrir que Leicester pensase en hacerse independiente.

Fué bien recibido á su vuelta, porque su magestad tenia entónces necesidad de sus consejos para deshacerse de María Stuart, sin que el crédito de Isabel sufriese menoscabo. Fué el conde de opinion de darla un veneno; pero este proyecto pareció impracticable, y se decidió Isabel

á dar á la Europa el espectáculo de una reina muriendo en un cadalso por orden de su hermana.

En 1588, la Inglaterra estuvo inquieta por los preparativos de guerra que hacia contra ella el rey de España. Leicester fué nombrado para mandar el ejército reunido en Tilbury. Pero los elementos se ligaron con Isabel, y las costas de Inglaterra viéron flotar los restos de la famosa Armada.

Leicester se mantuvo hasta el fin en su favor, y murió en 4 de Setiembre de 1588, en su casa de Combury en el condado de Oxford. Sus restos fuéron transportados á Warwick y sepultados con la mayor magnificencia. Hay quien dice que habia tragado un veneno destinado á otro.

Su hijo, sir Roberto Dudley, que lo era igualmente de lady Douglas Sheffield, habia nacido en 1573. Su nacimiento permaneció secreto con gran esmero, para ocultar á la reina las relaciones del conde con su madre, y tambien á la condesa de Essex con la cual Leicester estaba ya quizá ligado.

Cuando murió su padre, fué declarado heredero, pero no gozó de sus bienes sino despues de su tio Ambrosio. Inclínale su genio á las grandes empresas de la navegacion, é hizo un viage, en 1594, á la mar del sur. Tomó en los países estrangeros el nombre de conde de Warwick; habiendo rehusado abandonar este título, fuéron confiscados sus bienes, y vivió fugitivo.

Fué recibido con distincion en la corte de Florencia, y por el papa Urbano VIII, y murió en 1639 en el castillo de Cabello, que el gran duque le habia dado para su residencia.

Sir Roberto Dudley no solamente era admirado por los príncipes, sino tambien por los sabios. Tenia entre los eruditos del siglo una plaza distinguida por sus conocimientos en filosofía, en química, en medicina y en las matemáticas. Escribió muchas obras que son todavía estimadas.

El príncipe Enrique se habia hecho propietario de Kenilworth; pero, por mas que le gustase este castillo, no quiso contentarse con la injusta confiscacion pronunciada contra sir Roberto Dudley, y le hizo la proposicion de cederle sus derechos por la suma de 14,500 libras esterlinas. Sir Roberto, habiendo perdido la esperanza de recobrar sus bienes, aceptó las proposiciones que le habian hecho, y se verificó el traspaso; pero jamas recibió semejante dinero. El príncipe Enrique murió poco despues, y el castillo fué reclamado por el príncipe Carlos, que no se picó de pagar las deudas de su hermano.

Cuando Carlos subió al trono, dió Kenilworth á Carey, conde de Monmouth; pero la guerra civil y la destruccion empezaron á estender sus alas sobre el edificio, y los soldados puritanos de Cromwell diéron los últimos golpes á su esplendor. Desmanteláron las torres, echáron por tierra las murallas, disecáron el lago, devastáron las

huertas , destruyéron el parque , y en fin dejáron el castillo tan arruinado como se halla en el dia.

En tiempo de la restauracion , Carlos II acordó el arriendo de sus escombros (pues habia quedado enteramente diruido) á la hija del conde de Monmouth , y despues á Lawrence , vizconde de Hyde , creado baron de Kenilworth y conde de Rochester , cuyos descendientes los transmitieron al conde de Clarendon.

Tenemos gran gusto en anunciar que el lord Clarendon actual ha tomado medidas para asegurar los restos de Kenilworth , y librarlos de cualquiera otra depredacion.

Este noble castillo , que encerraba un gran trecho en su recinto , el orgullo de sus propietarios , la morada de la elegancia , no es ya mas que un cúmulo de ruinas. Es verdad que todavía quedan muchos fragmentos de torres , habitaciones medio destruidas , arcos , murallas , escaleras y ventanas , cuya mayor parte ofrecen vestigios de los mas bellos adornos de arquitectura ; pero está todo tan deteriorado que no se puede formar una idea de la grandeza que en lo antiguo llegó á tener este famoso edificio.

Al contemplar estos lugares tan conocidos en la historia , el alma se entrega á una dulce melancolfa. La magia de los recuerdos evoca los tiempos pasados , y la imaginacion ensalza este monumento de la monarquía inglesa , que recibió á la mas grande reina de Inglaterra.

La puerta principal , edificada por el conde de Leicester , se ha convertido en habitacion , y la ocupa el señor Boddington , sugeto respetable. Es la única parte de las ruinas que se halla habitada y la que se conserva en mejor estado. En una de las viviendas bajas hay una chimenea curiosa : la parte superior es de madera esculpida , y la parte inferior de alabastro , con la fecha de 1571 y las iniciales R. L. del favorito de Isabel , el conde de Leicester.

La torre de César es la mas antigua y la mas fuerte del castillo. Sus paredes tienen diez y seis piés de espesor , y se supone que es todo lo que queda de la fortaleza que habia construido en su origen Geoffroy de Clinton.

La grande sala gótica tiene ochenta y seis piés de largo , y cuarenta y cuatro de ancho. En otros tiempos era magnífica esta pieza , y la alumbraban unas ventanas de elegante estructura , cubierta ahora de hiedra. A las fiestas que se celebraron allí , á los clamores de alegría , al bullicio y algazara ha sucedido un silencio solemne interrumpido alguna que otra vez solamente por los graznidos de los cuervos , y los gritos de las aves que frecuentan las ruinas. Hacia parte esta sala de las habitaciones añadidas por el duque de Lancaster , y distinguidas con su nombre. Los escombros se ven esparcidos por todas partes , y cubiertos casi todos de hiedra.

La parte edificada por Leicester es la mas

moderna, y parece sin embargo ahora la mas antigua, por la mala calidad de las piedras que amenazan una ruina completa y próxima.

El tiempo y los elementos conspiran reunidos contra el castillo de Kenilworth. En 1817, una gran parte de la fachada occidental de la torre de César se desplomó; y cerca de tres meses despues, en Setiembre, el ángulo del nordeste se desprendió del edificio con un ruido espantoso.

Algunas damas, que acababan de dibujar estas ruinas soberbias, se salváron de la muerte como por milagro.

El castillo (dice el señor Brewer que reúne la ciencia del anticuario y del topógrafo á la imaginacion de un poeta), este castillo que en tiempo de su esplendor era el mas bello adorno de la ciudad de Kenilworth, presta aun una grandeza melancólica á los lugares que le avcinan con la rara magnificencia de sus ruinas.

Estas ruinas tienen por cierto un derecho incontestable al interes del viagero que quiere visitarlas: presentan los restos mas pintorescos del mas hermoso castillo de la Inglaterra, y recuerdan diversos acontecimientos de la historia.

Desde el siglo de Enrique I, Hamado *el Sabio*, hasta nuestros dias, el castillo de Kenilworth ha sido famoso en Inglaterra. Ya sea que contemplemos estos edificios inmensos levantados por Clinton, cubiertos hoy con el moho de los siglos y demolidos casi enteramente, ya sea que nos

los figuremos todavía con toda su pompa, y como se encontraban el dia en que el ambicioso favorito Leicester los hizo testigos de sus prodigalidades, serán siempre un lugar consagrado á los ojos del topógrafo y del anticuario, y una fuente fecunda de inspiraciones para el historiador, el poeta y el autor de novelas.

Gracias sean dadas al autor de la novela Kenilworth por haber sabido entrelazar tan bien sus ficciones con la historia, que sus obras no solamente divierten á los lectores frívolos, sino que reconcilian al hombre serio con un género de composicion que faltaba á la literatura antigua (1).

(1) Tan cierto es esto, que el traductor español apénas ha podido jamas leer otras novelas que el Don Quijote, Gil Blas, Rinconete y Cortadillo, y alguna otra. Las meramente amorosas ó sentimentales se le caian de las manos, ó le ayudaban á dormir la siesta.

